



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9813

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

VIERNES 20 DE JULIO DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Parbois, Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crocks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardinerías, caprichos de surtideros, sillitas, bancos, mesillas y mecedoras, sillas, muebles utilísimos y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL —PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

J. M. J.

A LOS CARITATIVOS CARTAGENEROS.

Cuando hace más de doce años vinimos á esta ciudad por providencial destino con el laudable propósito de fundar un asilo donde pudieran albergarse los ancianos pobres, en cumplimiento de nuestra misión, contábamos para tan ardua empresa, además de la confianza en Dios, valiosísimo y único tesoro que nos es dado poseer, con la halagadora esperanza que hace concebir al corazón la justa y merecida fama que, por todas partes, goza este bendito pueblo, de noble, generoso y caritativo.

No quedaron defraudadas nuestras esperanzas, porque á penas nos instalamos, de la manera pobre y modestísima que por entonces permitían las circunstancias, comenzaron á dejarse sentir los efectos del caritativo sentimiento que se anida en el corazón de todo cartagenero.

Como por ensaímo, y de un modo verdaderamente providencial y milagroso, se improvisó, podemos decir, nuestro Asilo; y si en la calle del Escorial, primera residencia, sólo se dió acogida á catorce ancia-

ños, por no permitir más el local, ya en las Puertas de Murcia, á donde nos trasladamos, aumentó el número de acogidos hasta veintuno. Pero no era lo bastante; lo reducido de la casa nos imposibilitaba para poder admitir más pobres, y se encaminaron todos nuestros ruegos y afanes á la consecución de un local apropiado que permitiera dar mayor impulso á nuestra obra.

Grandes dificultades hubo que vencer, y múltiples fueron las contrariedades para encontrar casa que reuniera las condiciones apetecidas é indispensables á nuestro fin, pues de todos es sabido, cuan difícil es encontrar un local, y más en las condiciones que exigían nuestros propósitos, en esta ciudad, que por estar amurallada y como encerrada en anillo de piedra, nunca ha podido ensanchar sus límites, ofreciendo siempre insuperables obstáculos las cuestiones de solar, para las que son reraora sus excepcionales condiciones topográficas. Pero Dios, que vela por sus hijos, se apiadó de sus siervas; oyó el continuado ruego que se le hacía, y nos deparó un edificio, ruinoso, sí, pero que por haber sido el lugar donde nacieron los cuatro hermanos santos, gloria de la Iglesia y honra de Cartagena, había de estar santificado, y sobre él, necesariamente, habían de atraerse las bendiciones del Señor.

La generosidad de nuestro Excelentísimo Prelado, nos facilitó lo que siempre fue Palacio episcopal y que se denominaba *Casa de los Cuatro Santos*. Aquí nos instalamos, habilitando lo poco que podía ofrecer garantía de seguridad, dando el lamentable estado en que se encontraba la histórica casa; pero como Dios, según dijo San Pablo, sobre unas ruinas levanta grandes edificios, no desalentamos; antes al contrario, nos animaba la consoladora idea de que este fuera el sitio destinado por Dios para fundar nuestro Asilo. Los hechos han confirmado nuestras esperanzas; en el

decurso de once años hemos podido, primero restaurar la iglesia que aunque de pequeñas dimensiones, de pobre y modesto decorado, es y debe ser un impercedero y glorioso recuerdo para los cartageneros. Más tarde edificamos la parte del edificio, hoy ya terminado y que ocupan nuestros queridos ancianitos. ¡Dios sabe el valor que representa este, para nosotros precioso monumento de la caridad cartagenera, gigantesca prueba de la generosidad inagotable de este pueblo! Dios, en el libro de la vida, tendrá anotados con caracteres indelebiles, para recompensarlos en su día, allá en las mansiones eternas, los generosos donativos que, á tan plausible fin, se hicieron por los hijos de Cartagena.

Nuestros deseos parecían cumplirse y Dios siempre generoso, pagaba como El solo sabe hacerlo, con ciento por uno, nuestros afanes y desvelos, proporcionándonos pobrecitos ancianos, con que pudiéramos cumplir nuestras actividades y loables deseos, y en proporción siempre creciente, ha ido aumentando nuestra querida familia, hasta llegar al número de ochenta asilados de ambos sexos, que son los que en el día tenemos á nuestro cuidado.

¿Cómo no estar reconocidas al Señor y darle gracias cuando *ni un solo día*—y esto hay que decirlo muy alto para honra y gloria de Cartagena—ni uno solo nos ha faltado comida con que satisfacer las naturales necesidades del anciano, ropa para vestirle, y además un modesto pero cómodo lecho donde repose? ¿Cómo no ver la mano providencial de un Dios todo misericordia, cuando nos concede la inmensa satisfacción de poder ofrecer al anciano pobre y desvalido un cómodo Asilo donde, si no se obstentan grandezas, porque todo refleja pobreza, goza y disfruta de un bienestar y de unas relativas comodidades, en armonía con

las necesidades y exigencias del estado decrepito de unos seres, que, en la última etapa de la existencia, andan encorvados, mejor dicho, se arrastran con lentos movimientos hacia el sepulcro? ¿Cómo atribuir esta obra tan grandiosa á los esfuerzos de diez pobres y débiles mujeres que estamos hoy al cuidado de los *ochenta ancianos*? No; es la Providencia que vela por todos; es Dios que mueve los corazones, á los cartageneros para que atiendan á cubrir nuestras necesidades, cada día más crecientes. ¡Bendito sea el Señor! ¡Bendita sea Cartagena!

Pero Dios nos reservaba otra prueba y hoy exige de nosotras nuevo sacrificio que estamos prontas á aceptar en aras de la caridad y amor al anciano desvalido.

Lacera nuestros corazones ver que uno y otro día llaman á la puerta de nuestra casa, pobres septuagenarios y octogenarios, solicitando se les admita. ¡Dios sabe cuánta es nuestra pena al tener que darles una negativa por respuesta! ¡Sólo Dios puede apreciar el sacrificio que para nosotras representa, el ver alejarse de nuestra morada, tristes y resignados á esos pobrecitos ancianos que van ya bordeando los linderos de la muerte! ¡Ah! si en nuestros pechos pudieran albergarse ¡gustosas nos los abríamos para que les sirvieran de morada! pero éstos á duras penas pueden contener unos corazones que laten sin cesar y con violencia á impulsos de la más ardiente caridad.

Con el mejor deseo emprendemos la obra del nuevo cuerpo del edificio. Dios, en sus altos designios, nos exige el sacrificio de no poder continuar la obra por falta de recursos. Si ésta se terminara, podríamos acoger á cincuenta ancianos más, y nuestro gozo quedaría cumplido.

Por eso acudimos una vez más á la inagotable caridad de los cartageneros; nada pedimos por nosotras, que nos basta con el sobrante de la comida de nuestros pobres

ancianos, cuando éstos se han quedado satisfechos. No se nos obscurecen las graves y enormes cargas que sobre vosotros pesan y que voluntariamente os habéis impuesto, guiados del espíritu de caridad que os informa. Comprendemos muy bien, porque á nosotras nos toca muy de cerca, que aquí se dejan sentir los latidos de la miseria, que por todas partes tantas víctimas está causando, pero no podemos resistir á nuestro deseo en bien de los pobres ancianos.

Ayudadnos, cartageneros, á terminar nuestra casa, que más que vuestra es vuestra, y... mandadnos vuestros pobres, que en nuestro afán por servirlos, dispuestas estamos á sacrificar hasta nuestra vida por ellos. Para estos pobres ancianos queremos la comodidad y el descauso; para nosotras el trabajo; aunque pobres y débiles mujeres, decimos lo del Apóstol: «Todo lo podemos en Aquel que nos conforta.»

Abrigamos la confianza de que, una vez enterados en Cartagena de nuestra necesidad, y compenetrados de nuestras aspiraciones y deseos, se apresurarán los hijos de este hidalgo pueblo á dar cima al bello desiderátum única aspiración de nuestras almas.

Somos muy pobres y no tenemos otros tesoros que la oración; uniremos para recompensaros nuestros ruegos á los de los ancianos; éstos subirán ante el trono de las misericordias, de donde serán devueltos en forma de celestial rocío que caerá, no lo dudéis, llenando de bendiciones y gracias, sobre vosotros, sobre vuestros hijos y familias, sobre vuestras casas y sobre esta hermosa Ciudad, á la que cobija con su manto protector la más pura, la más tierna de todas las madres: la Virgen de la Caridad.

Cartageneros no olvidéis que Dios concede un premio inmortal en el cielo á los que en la tierra practican esa santa virtud de la ca-

206 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

queruela y de Torres Bermejas, llenar la calle de Gómeres.

—Señor, dijo Muza entregando la pica al rey, que se estremeció al mancharse las manos en sangre; esos perros han tomado bien la subida del alcázar, y nada harán contra ellos ginetes; á la alcazaba del Albaicín, señor.

Agr páronse de nuevo los almogavares alrededor del pendón real, y Muza, dejando para después el castigo de la plebe, temeroso de la seguridad del rey, que vestido de gala no llevaba otras armas que su pica y su espada, se lanzó á la carrera por la calle de Elveira, (1) cuya embocadura abandonaron huyendo los curiosos y los amotinados que la ocupaban.

Entonces entre las turbas de la calle de Gómeres se levantó sobre los hombros de cuatro villanos un joven, sin otras armas que una espada, y dijo con voz potente:

—¡A la Alhambra!

Era el infante Sidy Alhamar, que después de haber tomado posesión en nombre del rey del aposento más alto de la torre de Bib-Ataubin, y despojado de su traje de astrólogo, mandaba en las calles al pueblo contra el rey.

Las masas se precipitaron la calle arriba sobre la

(1) Ahora por corrupción Elvira.

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 207

puerta de Bib-Leujar, pero la encontraron cerrada y defendida por ballesteros, que había sacado de su castillo á los primeros gritos del motín, el alcalde de las Torres-Bermejas.

Entonces, conociendo el pueblo que nada conseguía contra aquella barrera insuperable, gritó volviendo las espaldas á la puerta, y dejando ante ella como muestra de su paso algunos muertos por las ballestas de los soldados.

—Al Albaicín, á la alcazaba, al alcázar de Dar la-Horra.

Sidy Alhamar desalentado, viendo frustrado el primer empuje, único momento en que puede tal vez triunfar el pueblo, arrojó la espada, tomó solo y blasfemando las altas callejas que conducen á la Antequeruela y se perdió entre ellas.

En tanto los amotinados, cada vez más furiosos, se precipitaron sobre la plaza Nueva, inundaron la calle de Elveira, robando las casas que encontraban al paso mal seguras ó mal defendidas, y se lanzaron tras el rey, guiados por el rastro de muertos ó heridos que dejaban tras sí Muza y sus almogavares.

Habían estos llevado adelante la calle de Elveira, y por la cuesta de Alacaba, la puerta Monaita y los muros de la alcazaba, habían llegado ante el alcázar de Dar la-Horra, arrojando de sus alrededores las turbas de frenéticos, que al mismo tiempo que los

210 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

furiosos? ¡Agua, perfumes, ropas! exclamó el rey sin mirar á su madre que le contemplaba con amor; ¿qué hace esa esclava, añadió reparando en Schamsul-Ilemal apenas repuesta del terror que la había causado el rey, que asienta á par mío y permanece inmóvil cuando escucha mi voluntad?

Schamsul Ilemal se levantó sonrojada y fijó su vista en la alfombra, á tiempo que una hermosa esclava presentaba al rey una fuente de oro llena de agua de rosa, y otra le traía frascos de aceites aromáticos y perfumes.

El rey se dejó lavar las manos y el semblante que se había manchado de sangre al limpiarse el sudor, y miró sombríamente alrededor de sí donde solo había personas silenciosas.

—¡Oh! dijo reparando con mas detención en la joven, tú eres la dama del mirador, la del romance, la de las carcajadas. ¡Oh! ¡bien...! ¡muy bien!

Muza, contrariado por sus celos, irritado por el carácter insustancial del rey que dirigía palabras triviales á una mujer, mientras hermosas esclavas lavaban en su semblante y en sus manos la sangre del combate, exclamó:

—Atiende, señor, que no es ocasión ahora de otra cosa que de sofocar la rebelión que estalla á los pies de tu trono, y que tu emir espera tus mandatos.

—¡La rebelión! dijo con desprecio el rey; el pueblo